

ser en este punto a la vez tomista y suareciano, porque Suárez tampoco entendía el sentido tomista de la participación, y por ese motivo propuso una diferenciación entre el bien natural y el bien legal, distinción importantísima para explicar por qué a partir del siglo XVII el ser y el deber ser han recorrido caminos tan distintos y difíciles de reconciliar. En mi opinión este es un punto que Horwitz omite, probablemente porque le basta, para desmontar la tesis al uso, con presentar al Locke diferenciado de los pensadores cristianos de su época; un Locke que, además, tiene el "atractivo" de haber sido perseguido, un joven Locke ya tolerante.

Locke no podía identificar ley natural y ley eterna. Y por ese motivo no tiene sentido construir un Locke cuyo pensamiento habría variado después tan sustancialmente en ese punto. Además, como se explica en la presentación del texto, existe un Manuscrito C dictado por Locke cuando tenía casi 50 años; la verdad es que este dato también hubiera bastado para modificar la figura de ese "joven" Locke. Lo que no veo con tanta claridad como Horwitz es que el motivo de diferenciación entre la ley eterna y la ley natural sea que la ley eterna es Dios mismo (sólo Dios es Eterno), y la ley natural no es Dios mismo. De todas formas, tampoco me parece este el momento para discutirlo.

Como indiqué al principio, la edición puede tener una gran importancia. La versión latina e inglesa que se ofrece busca ser plenamente fiel al pensamiento de su autor, sin prestarle "ayudas" como cuando Van Leyden incluyó un capítulo que no pertenece a este Manuscrito, o como cuando tradujo intencionadamente -aún a pesar de las rectificaciones del propio Locke a los textos preparados por su amanuense- "deus" por "Dios" pensando que así se favorecía la imagen de un Locke más cristiano. Una edición hecha con un respeto al pensamiento original de Locke "con el deseo del que busca ser contado entre sus verdaderos amigos" (p. 62).

José María Ortiz Ibarz

MILLÁN-PUELLES, Antonio: *Teoría del objeto puro*, Madrid, Rialp, 1991, 836 págs.

Sin duda se trata de la obra de mayor madurez filosófica dentro de la ya dilatada bibliografía del autor. El libro viene a culminar una muy vasta investigación ontológica cuyos orígenes se remontan hasta 1947, año en que se publicó su tesis doctoral con el título *El problema del ente ideal (Un examen a través de Husserl y Hartmann)*. Otro hito importante en este trayecto filosófico lo constituye *La estructura de la subjetividad* (1967). Con ambas obras, pese a ocuparse en asuntos diferentes, la presente investigación establece un profundo nexo vital.

La *Teoría del objeto puro* surge con ocasión de constatar la índole paradójica de una conocida tesis tomista: la realidad de la privación consiste justamente en privación de realidad, en un relativo no-ser. La ignorancia, la ceguera, el frío, el mal moral, por citar algunos ejemplos característicos, más que realidades son faltas de realidad, y no son efecto, por ello, de una causa eficiente sino deficiente. Millán-Puelles ensaya aquí una clasificación exhaustiva de los tipos de irrealidad y una detenida investigación etiológica de cada uno de ellos, en

estricto paralelismo con los dos tratados en que se articula la Metafísica del ser (Ontología y Teología filosófica).

Desde el punto de vista histórico cabe aludir, entre otros, a tres antecedentes claros de este asunto que pueden ser considerados aquí como fuentes: por un lado, las menciones que hace Aristóteles a uno de los diversos sentidos en que puede tomarse la voz "ente", a saber, el "ser-verdad-que", que indudablemente puede aplicarse al no-ente. En segundo lugar estaría el debate escolástico sobre el estatuto de los entes de razón. Por último, las diversas ideas de Brentano en torno a la representación de lo irreal.

La exposición doctrinal comienza con un análisis fenomenológico-ontológico de la noción del objeto en cuanto tal, es decir, prescindiendo del tipo de objeto de que se trate -por decirlo así, de su materia- en qué consiste para el objeto su ser-objetivo. El análisis del objeto formalmente tomado da como resultado la comprobación de que la objetualidad es, ontológicamente considerada, una denominación extrínseca, que el ente en tanto que tal no se ve afectado en sentido ontológico por su situación de ser-objeto de una representación o, lo que es lo mismo, que ésta no es una determinación real en él. Ciertamente, tanto el representador objetivamente como la conciencia en acto de representarse un objeto tienen un estatuto ontológico claro, pero el ser objetivado es puramente irreal en el término intencional del acto representativo. Mas no por ello carece de toda vigencia. El estatuto propio de la noción de objeto puro como aquello cuya única vigencia es la que le otorga su ser término intencional del acto de una conciencia representativa queda bien descrito en la definición nominal que posteriormente se expone y analiza con detalle. Seguidamente viene la taxonomía y la explicación causal de lo irreal. Por último, la sección dedicada a la teleología del objeto puro abre el planteamiento -hasta aquí exclusivamente teórico- a una dimensión antropológica y ética de la irrealidad del futuro contingente como espacio de la libertad humana, asunto que requiere un desarrollo monográfico aparte y del que se ocupará el autor presumiblemente en su *Ética de la libre aceptación de sí mismo*, actualmente en curso de realización.

Pienso que la virtualidad fundamental de esta obra estriba en el extraordinario esfuerzo que supone por aquilatar los instrumentos conceptuales necesarios para llevar a cabo con rigor la Metafísica del ser. Como señala gráficamente el autor en la Introducción, "para el *cabal despliegue del realismo* la teoría que consiste en la explícita y sistemática elucidación de lo irreal es cosa tan necesaria como la idea de lo cóncavo para la noción de lo convexo" (p. 14). Solamente en función de lo "transobjetual" tienen sentido todas las precisiones que en torno a lo puramente objetual aquí se hacen (p. 65).

Por otra parte, muestra bien el gran reto que tiene por delante la investigación metafísica. Si se entiende bien la analogía del ente y la enorme plasticidad del objeto material de la Metafísica -que es la más perfecta concreción epistemológica de la sabiduría natural- se entiende también que ésta deba prolongarse, para alcanzar su complejión teotética, en un Teoría del objeto puro. Millán-Puelles recoge lo esencial del debate histórico precedente pero profundizándolo para obtener una panorámica mucho mayor. En este sentido, la confrontación con los puntos más relevantes de la *Teoría del Objeto* tal como aparece propuesta en Meinong, por ejemplo, ofrece también la perspectiva necesaria para advertir que la investigación metafísica sobre el ente trascendental sólo ha tenido hasta ahora un desarrollo incipiente.

La defensa del realismo metafísico que aquí se lleva a cabo reviste un vigor que no se debe tanto a la refutación del idealismo -por cierto, la más eficaz que

he encontrado hasta ahora- como al esfuerzo de fundamentación que se realiza desde una perspectiva completamente original. Se trata, en fin, de un trabajo filosófico cabal que aúna el rigor característico del tomismo con una singular capacidad de penetrar en el fondo de los problemas que se suscitan.

La envergadura especulativa de la obra así como la dificultad intrínseca de los asuntos en ella tratados obligan al autor a un esfuerzo por pulir la terminología que a veces llega al escrupulo, pese a suavizar los pasajes más densos con la proverbial elegancia de su expresión.

La lectura de esta obra puede resultar muy fecunda en particular para investigaciones en el ámbito de la Metafísica y la Teoría del conocimiento. Su lectura exige una amplia familiaridad con la historia de la filosofía occidental, en especial con la gran tradición aristotélica-tomista, la fenomenología y el idealismo kantiano. También se alude a veces a lo más central del debate en el seno de la filosofía analítica.

José María Barrio Maestre

PEIRCE, Ch. S.: *Naturordnung und Zeichenprozess. Schriften über Semiotik und Naturphilosophie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1991, 484 págs.

Puede resultar extraño presentar al público castellano la traducción al alemán de un autor americano. Sin embargo es una ocasión única para mostrar como se puede llevar a cabo una recuperación de un autor difícil y poco sistemático, que sigue siendo muy poco conocido, al menos entre nosotros. Por otro lado, día a día va creciendo el reconocimiento generalizado de la enorme influencia que Peirce ha ejercido y sigue ejerciendo en el pensamiento actual, tanto filosófico como científico. Una prueba de ello es la presentación de esta edición, preparada por Helmut Pape y prolongada por Ilya Prigogine. Contiene quince pequeños artículos muchos de los cuales se conocen ahora por primera vez, así como otros 36 vocablos recogidos de una enciclopedia americana, que se escribieron entre 1884 y 1903. Además, una edición semejante en inglés todavía no se ha hecho.

La novedad de esta edición reside en poner de manifiesto como Charles S. Peirce fue el primero que comprobó cómo el universo físico de la mecánica clásica escondía, como una condición de posibilidad, otro universo evolutivo y teleológico más profundo. Este nuevo universo se justifica sin necesidad de tener que recurrir a resultados experimentales, por el desarrollo de una simple filosofía especulativa de la naturaleza, de algún modo similar a la de Schelling, pero mejor estructurada. (cf. p. 24) Peirce anticipó así a Einstein y a otros desarrollos actuales de la termodinámica y de las estructuras estocásticas de disipación, por haber comprobado como no se puede plantear la existencia de un universo mecánico, sin cuestionarse a su vez el posible origen, tanto del universo físico, como de los seres vivos (cf. p. 9).

A este respecto Peirce adoptó una actitud crítica muy peculiar ante las leyes deterministas de la mecánica clásica. Aceptó su valor para la descripción de los fenómenos físicos deterministas, y a su vez reversibles. Pero también criticó su incapacidad para justificar otros tipos de fenómenos aún más básicos que aparecían como *indeterminados* en su forma de comportamiento, pero eran totalmente *irreversibles*. A partir de aquí anticipó el futuro descubrimiento por parte de la